

Noam Chomsky

**Miedo a la
democracia**

CRÍTICA

Noam Chomsky

El miedo a la democracia

Traducción castellana de
Mireia Carol

Revisión de
Carme Castells

Crítica
Barcelona

Primera edición: abril de 1992
Primera edición en esta nueva presentación: marzo de 2017

El miedo a la democracia
Noam Chomsky

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Detering Democracy*

© Noam Chomsky, 1991

© de la traducción, Mireia Carol, 1992
Revisión de Carme Castells

© Editorial Planeta S.A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-49-3
Depósito legal: B. 3081 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España por Book Print Digital S.A.

1. LA GUERRA FRÍA: REALIDAD Y FANTASÍA

El fin de la guerra fría se considera generalmente como el gran acontecimiento de nuestros días, y, por tanto, la gran pregunta que tenemos ante nosotros es: ¿qué pasará a continuación? Para responderla, hemos de comenzar aclarando lo que ha sido la guerra fría. Hay dos formas de abordar esta primera cuestión. Una es simplemente aceptar la interpretación convencional, la segunda es echar una ojeada a los hechos históricos. Como suele suceder, ambos enfoques dan lugar a respuestas bastante distintas.

1. LA GUERRA FRÍA COMO ELABORACIÓN IDEOLÓGICA

Según la interpretación convencional, la guerra fría ha sido un enfrentamiento entre dos superpotencias. Luego descubrimos diversas variantes. La versión ortodoxa, que es abrumadoramente dominante, sostiene que el factor impulsor de la guerra fría ha sido la virulenta agresividad soviética que los Estados Unidos pretendían contener. A un lado del conflicto tenemos una «pesadilla», al otro al «defensor de la libertad», por emplear los términos de la ultraderechista John Birch Society, predicadores fundamentalistas de derechas e intelectuales norteamericanos liberales, que reaccionaron con respeto y aclamaciones cuando Václav Havel utilizó estas palabras en su alocución ante el Congreso en 1990.¹

Una variante crítica sostiene que la percepción de una amenaza soviética era exagerada. Los peligros no eran tan extremos como creía-

1. Véase capítulo 10, sección 4, de la edición original de esta obra, *Deterring Democracy*, Verso, Londres y Nueva York, 1991.

mos. Las políticas estadounidenses, aunque de noble propósito, se basaban en el malentendido y en el error analítico. Una crítica todavía más acerba afirma que el enfrentamiento de las superpotencias fue consecuencia de una interacción en la que los Estados Unidos también desempeñaron un papel (para algunos analistas, un papel fundamental) y que el contraste no es simplemente el de una pesadilla frente a la defensa de la libertad, sino que es más complejo –en Centroamérica y en el Caribe, por ejemplo.

Según todas las variantes, las doctrinas esenciales que guiaron la política de los Estados Unidos fueron la contención y la disuasión o, más ambiciosamente, el repliegue (de la URSS). Y la guerra fría ha llegado ahora a su fin con la capitulación de uno de los contendientes –el eterno agresor, según la versión ortodoxa.

La versión ortodoxa se esboza en términos claros y escuetos en lo que generalmente se reconoce como el documento básico de los Estados Unidos por lo que respecta a la guerra fría, el NSC 68, de abril de 1950, poco antes de la guerra de Corea, que anunciaba que «la guerra fría es, en realidad, una guerra real en la cual está en juego la supervivencia del mundo libre».² Dicho documento merece ser objeto de atención, tanto como temprana expresión de la interpretación convencional en su variante ortodoxa como por su clara percepción de realidades históricas que están más allá de estas elaboraciones ideológicas.

La estructura básica de este argumento tiene la infantil simplicidad de un cuento de hadas. En el mundo hay dos fuerzas en «polos opuestos». A un extremo, tenemos el mal absoluto. En el otro, la sublimidad. No puede haber compromiso entre ellos. La fuerza diabólica, por su propia naturaleza, ha de pretender el total dominio del mundo. Por consiguiente, debe de ser vencida, erradicada y eliminada de modo que el virtuoso paladín de todo lo bueno pueda sobrevivir para llevar a cabo sus exaltadas obras.

El «diseño fundamental del Kremlin», según explica el autor del NSC 68, Paul Nitze, es «la completa subversión o destrucción a viva fuerza de la maquinaria de gobierno y de la estructura de la sociedad en todo aquel rincón del mundo que no esté ya “subordinado y contro-

2. *Foreign Relations of the United States (FRUS)*, 1950, vol. I, pp. 234-292, dado a conocer en 1975. Los memorándums del Consejo Nacional de Seguridad [National Security Council] (NSC) son los documentos gubernamentales de planificación de más alto nivel.

lado por el Kremlin”». «El objetivo inexorable del estado esclavo [es] acabar con el reto de la libertad» en todo el mundo. La «coacción» del Kremlin «exige un poder total sobre todos los hombres» en el propio estado esclavo, y «absoluta autoridad sobre el resto del mundo». La fuerza del mal es «inevitablemente belicosa», de modo que ningún acuerdo o arreglo pacífico es siquiera concebible.

Por el contrario, el «objetivo fundamental de los Estados Unidos» es «asegurar la integridad y vitalidad de nuestra sociedad libre, la cual está fundada en la dignidad y el valor del individuo», y proteger estos valores en todo el mundo. Nuestra sociedad libre se distingue por una «maravillosa diversidad», «profunda tolerancia», «legitimidad», un compromiso de «crear y mantener un contexto en el que cada individuo tenga la oportunidad de hacer realidad sus poderes creativos». «No teme la diversidad, la aprueba» y «obtiene su fuerza de su hospitalidad incluso ante ideas antipáticas». El «sistema de valores que anima nuestra sociedad» incluye «los principios de la libertad, la tolerancia, la importancia del individuo y la supremacía de la razón sobre el deseo». «La esencial tolerancia de la actitud de nuestro mundo, nuestros impulsos generosos y constructivos y la ausencia de codicia en nuestras relaciones internacionales son valores de una influencia potencialmente enorme», en particular entre aquellos que han tenido la suerte de experimentar personalmente estas cualidades, como es el caso de América Latina, que tanto se ha beneficiado de «nuestros prolongados esfuerzos para crear y, ahora, desarrollar el sistema interamericano».

El conflicto entre las fuerzas de la luz y de la oscuridad es «trascendental, ya que implica la satisfacción o la destrucción no sólo de esta república, sino de la propia civilización». «El ataque contra las instituciones libres es universal», y «nos impone, en nuestro propio interés, la responsabilidad del liderazgo del mundo». Debemos procurar «favorecer un contexto mundial en que el sistema norteamericano pueda sobrevivir y prosperar». Dado que «una derrota de las instituciones libres en cualquier parte es una derrota en todas partes», ningún rincón del mundo, por pequeño e insignificante que sea, puede escapar a nuestras intervenciones. Y ciertamente, «la idea de que Alemania o el Japón u otras regiones importantes puedan existir como islas de neutralidad en un mundo dividido es inverosímil, dada la intención del Kremlin de dominar al mundo». Cinco años después de que la URSS fuera virtualmente aniquilada por las potencias del Eje, éstas debieron

reconstituirse en una alianza bajo la hegemonía de los Estados Unidos, alianza cuyo objetivo era la eliminación final del sistema soviético que no habían logrado destruir.

Dado que «la integridad y la vitalidad de nuestro sistema peligran más que nunca en nuestra historia», incluso más que en los días más terribles de la guerra de la independencia o cuando las tropas británicas tomaron Washington en 1814, está claro que hay que adoptar serias medidas. De hecho, los gastos militares casi se cuatuplicaron poco después —con el pretexto de que la invasión de Corea del Sur era el primer paso en la conquista del mundo por parte del Kremlin— pese a que ni antes ni ahora existieran pruebas convincentes de una iniciativa rusa en aquella fase de la compleja lucha por el destino de Corea.

El memorándum propone un enorme incremento armamentístico, reconociendo al mismo tiempo que el estado esclavo era, en todos los aspectos, mucho más débil que el paladín de la libertad. Los datos relevantes se presentan de manera que eludan comparaciones directas y se han seleccionado para exagerar el poder del enemigo, pauta habitual en todo el período de la guerra fría.³ No obstante, incluso los datos presentados muestran que el presupuesto militar de los Estados Unidos es el doble del de la URSS y que su poder económico es cuatro veces superior, aunque en esta temprana fase de reconstrucción de sus economías, mucho más poderosas, los aliados europeos equivalían ya por sí solos al conjunto de la Unión Soviética y sus satélites.

A pesar de la disparidad entre los dos polos opuestos por lo que respecta al nivel económico y al poderío militar, el estado esclavo tiene enormes ventajas. Estando tan atrasado, puede «hacer más con menos». Su debilidad es su fuerza, el arma definitiva. Es a la vez un enano y superman, muy por detrás de nosotros desde todos los puntos de vista, pero con «una formidable capacidad para actuar con la mayor libertad táctica, con sigilo y rapidez», con «extraordinaria flexibilidad», es una máquina militar altamente efectiva y de «gran poder coercitivo». Otro problema es que el perverso enemigo halla un «auditorio re-

3. Así, el Canadá es excluido y los datos relativos a la URSS son metas para 1950, «creyéndose que exceden en muchos casos la producción realmente alcanzada», mientras que las cifras correspondientes a Europa son «datos reales de 1948», que ya han sido rebasados. Los datos relativos a los Estados Unidos son seleccionados para reflejar el acusado descenso de la producción industrial desde 1948. Las cifras correspondientes a la Unión Soviética representan los límites de lo que es posible. Se reconoce que Occidente tiene una gran capacidad no utilizada.

ceptivo ... en el mundo libre», particularmente en Asia. Para defender Europa y proteger la libertad que reina tradicionalmente en África, Asia y América Latina del «designio del Kremlin», debemos, pues, incrementar enormemente nuestros gastos militares y adoptar una estrategia encaminada a la desintegración y al hundimiento de la Unión Soviética.

Nuestras fuerzas militares son «peligrosamente inadecuadas» porque nuestra responsabilidad es el control del mundo. Por el contrario, las fuerzas militares soviéticas, mucho más débiles, exceden enormemente sus limitadas necesidades defensivas. Nada de lo sucedido en años pasados sugería que la Unión Soviética tuviera que enfrentarse a algunos problemas de seguridad, a diferencia de nosotros, con nuestra vulnerabilidad ante poderosos enemigos en todo el mundo. Necesitamos importantes fuerzas militares «no sólo para protegernos contra el desastre, sino también para respaldar nuestra política exterior», aunque, por motivos de relaciones públicas, «debería resaltarse el carácter esencialmente defensivo» del refuerzo militar.

Relaciones públicas aparte, nuestra verdadera postura debe ser agresiva en «el conflicto que nos ha sido impuesto». «Dada la intención del Kremlin de dominar el mundo», característica necesaria del Estado esclavo, no podemos aceptar la existencia del enemigo, sino que debemos «favorecer a las semillas de la destrucción dentro del sistema soviético» y «precipitar [su] desmoronamiento» por todos los medios salvo la guerra (que es demasiado peligrosa para nosotros). Debemos evitar las negociaciones excepto como dispositivo para apaciguar a la opinión pública porque todo acuerdo «reflejaría las actuales realidades y sería, por tanto, inaceptable, si no desastroso, para los Estados Unidos y para el resto del mundo libre», aunque, tras el éxito de una estrategia de «repliegue», podríamos «negociar un convenio con la Unión Soviética (o un estado o estados sucesores)».

Para alcanzar estos objetivos esenciales, debemos superar las flaquezas de nuestra sociedad, tales como «los excesos de una mentalidad permanentemente abierta», «el exceso de tolerancia» y «el desacuerdo interno». Tendremos que aprender a «distinguir entre la necesidad de tolerancia y la necesidad de una represión justa», característica esencial del «sistema democrático». Es particularmente importante aislar a nuestros «sindicatos, empresas cívicas, escuelas, iglesias y a todos los medios de comunicación para influir en la opinión» sobre la «perversa labor» del Kremlin, que pretende subvertirlos y «convertir-

los en fuente de confusión en nuestra economía, nuestra cultura y nuestro Estado». También se necesitan unos impuestos más elevados, así como una «reducción de los gastos federales destinados a fines ajenos a la defensa y ayuda exterior, mediante el aplazamiento de ciertos programas deseables, si ello es necesario». Hay quien sugiere que estas políticas militares keynesianas podrían estimular también la economía del país. De hecho, pueden servir para evitar «un descenso de serias proporciones de la actividad económica». «Se exigirá al pueblo norteamericano una gran dosis de sacrificio y disciplina», y deberá también «renunciar a parte de los beneficios» que disfruta mientras asumimos el reto del liderazgo mundial y superamos la recesión económica, ya en marcha, mediante «programas gubernamentales positivos» para subvencionar la industria avanzada a través del sistema militar.

Observemos que el noble fin de la sociedad libre y el perverso designio del Estado esclavo son propiedades innatas, que tienen su origen en su propia naturaleza; de ahí que los verdaderos datos históricos y documentales no sean relevantes para evaluar la validez de estas doctrinas. Por consiguiente, no es justo criticar el memorándum partiendo del hecho de que no presenta pruebas para respaldar sus conclusiones, ni cuestionar locuciones tales como «de las secciones anteriores se deduce» o «arriba se ha demostrado» por los mismos motivos. Desde un punto de vista lógico, no se precisa dato empírico alguno. El pensamiento puro basta para establecer las verdades requeridas.

En el discurso público reinaban, y siguen reinando, los mismos conceptos. William Hyland, director de *Foreign Affairs*, facilita una expresión característica de la interpretación convencional en el editorial del número de primavera de 1990:

Durante los últimos cincuenta años, la política exterior norteamericana se ha elaborado en respuesta a la amenaza planteada por los oponentes y enemigos de este país. Virtualmente todos los años desde Pearl Harbour, los Estados Unidos se han visto envueltos en la guerra o en la confrontación. Hoy, por vez primera en medio siglo, los Estados Unidos tienen la oportunidad de reconstruir su política exterior libres de la mayoría de las tensiones y presiones de la guerra fría ... Desde 1941, los Estados Unidos han estado totalmente implicados. Hoy, cuando entramos en una nueva era, el anhelo de no implicación de los Estados Unidos podría reaparecer en varios sentidos ... ¿Pueden los Estados Unidos por fin volver a casa? ... En realidad, los Estados Unidos

disfrutaban del lujo de tener unas auténticas posibilidades de elección por primera vez desde 1945. Los Estados Unidos y sus aliados han ganado la guerra fría ...

Así pues, no teníamos «auténticas posibilidades de elección» cuando invadimos Vietnam del Sur ni cuando derrocamos al gobierno capitalista democrático de Guatemala en 1954 y, desde entonces, hemos mantenido la autoridad de gánsters sanguinarios, hemos dirigido las, con mucho, más vastas operaciones internacionales de terror de la historia contra Cuba a principios de los años sesenta y contra Nicaragua durante los ochenta; hemos intentado asesinar a Lumumba e instalado y mantenido la brutal y corrupta dictadura de Mobutu, hemos respaldado a Trujillo, a Somoza, a Marcos, a Duvalier, a los generales del cono sur, a Suharto, a los dirigentes racistas de Suráfrica y a una pléyade de otros grandes criminales. Y así una y otra vez. No podíamos hacer otra cosa, habida cuenta de la amenaza para nuestra existencia. Pero, en la actualidad, el enemigo se ha retirado, de modo que tal vez podamos satisfacer nuestro «deseo de no implicarnos» en los asuntos de los demás. Aunque, como añaden otros, nuestro «anhelo de democracia»⁴ puede, no obstante, empujarnos a proseguir nuestros nobles esfuerzos en defensa de la libertad.

Al disponer por primera vez de posibilidad de elección, podemos ocuparnos en programas constructivos para el Tercer Mundo (como insisten los humanistas liberales) o dejar que los indignos pobres se revuelquen en su miseria (la postura conservadora). Expresando la más solícita visión liberal, Thomas Schoenbaum, director ejecutivo del Centro Dean Rusk de Derecho Internacional y Comparativo [Dean Rusk Center of International and Comparative Law] de la Universidad de Georgia, hace un llamamiento en favor de «unas políticas mejor sintonizadas y diferenciadas» en las «complejas y heterogéneas regiones» del Tercer Mundo. Coaccionados por el abrumador imperativo de resistir a la agresión soviética en todo el mundo, no hemos podido desarrollar tales políticas. Pero ahora, quizás hemos llegado «al fin de la guerra fría –y han vencido los buenos». Por lo tanto, cabe esperar que los soviéticos «modifiquen su prolongada campaña de apoyo a las revoluciones comunistas y a los regímenes totalitarios en el Tercer Mundo», de modo que «los Estados Unidos puedan abandonar su postura

4. Véase el capítulo 8, sección 7, de la edición original, *Deterring Democracy*.

tradicional –de que debe darse prioridad a la detención de la expansión comunista– y adoptar políticas más positivas».⁵

También en otros aspectos el historial público se ajusta a las convenciones del NSC 68. En particular, generalmente se reconoce que la propia existencia de la Unión Soviética constituye una agresión. El diplomático e historiador John Lewis Gaddis, una de las figuras más respetadas del mundo académico liberal por lo que respecta a la guerra fría, explica que la intervención aliada desarrollada inmediatamente después de la revolución bolchevique fue de carácter defensivo, y por lo que respecta a Woodrow Wilson, estuvo inspirada «por encima de todo» por su ferviente deseo «de garantizar la autodeterminación en Rusia» –mediante la instalación forzosa de los dirigentes que nosotros elegimos. La invasión fue de carácter defensivo porque «respondía a una intervención profunda y potencialmente de amplias repercusiones del nuevo gobierno soviético en los asuntos internos, no sólo de Occidente, sino de virtualmente todos los países del mundo»; a saber, «el desafío de la Revolución –que difícilmente podía haber sido más categórico– a la propia supervivencia del orden capitalista». «La seguridad de los Estados Unidos» estaba ya «en peligro» en 1917, no sólo en 1950, y por tanto la intervención defensiva estaba totalmente justificada, ante el cambio del orden social en Rusia y el anuncio de proyectos revolucionarios.⁶

La interpretación contemporánea de Gaddis recapitula la inmediata reacción occidental ante la revolución bolchevique, que manifestó De Witt C. Poole, consejero norteamericano de la embajada en Rusia, en un memorándum para el secretario de Estado Lansing titulado «Sobre los fines de los bolcheviques, especialmente en lo relativo a la revolución mundial». Poole escribió que, para los Estados Unidos, el «problema esencial» era gobernar al mundo «entre la Escala de la reacción por un lado y la Caribdis del bolchevismo por otro». Sin embargo,

5. «Rethinking the Third World», *Washington Post Book World*, 23 de octubre de 1988, un análisis que rechaza *Confronting the Third World*, de Gabriel Kolko, Pantheon, 1988, que, según afirma Schoenbaum, está marcada por el no proponer mejores políticas y por la omisión de hechos que no corroboran la teoría del autor (se da un ejemplo: que «estaban en peligro vidas norteamericanas» cuando los Estados Unidos invadieron la República Dominicana –ello no justifica la agresión, aunque hubiera sido cierto, y, además, ha sido desacreditado hace mucho tiempo).

6. Gaddis, *The Long Peace*, Oxford, 1987, p. 43. Véase *Necessary Illusions*, apéndice II, para un mayor desarrollo del tema.

la Caribdis del bolchevismo es la amenaza más siniestra porque «es la esencia del movimiento bolchevique lo que tiene *carácter internacional y no nacional*», encaminada «directamente a la subversión de todos los gobiernos». ⁷ En la práctica, si el camino es demasiado estrecho, ha de preferirse la Escila de la reacción —con reticencia, entre los liberales.

De modo similar, el historiador de Oxford Norman Stone considera que un debate elaborado sobre los orígenes de la guerra fría no hace al caso porque el propio «carácter del Estado soviético» era «una de las mayores causas de la guerra fría en los años cuarenta». La prueba de las intenciones soviéticas es su retirada de Europa oriental y la reducción de su arsenal a «armamentos defensivos, adecuados a su propio nivel económico». Muy por debajo, pues, de Occidente, que, por otra parte, no precisa limitarse a «armamentos defensivos» salvo en el sentido amplio de «defensa», que interpreta todo acto de violencia como defensa de intereses legítimos. ⁸ Observemos que la cuestión no es la conveniencia del desmoronamiento de los imperios soviéticos internos y externos o la radical reducción de armamentos, sino más bien la concepción de la guerra fría y la respuesta «defensiva» occidental a la naturaleza intrínseca del Estado soviético.

Muy similar es la percepción sostenida por la extrema izquierda de la principal corriente de opinión. El editor del *New Republic*, Hendrik Hertzberg, quien se sitúa en los límites externos, escribe: «sutilezas revisionistas aparte, la causa básica de la guerra fría fue el totalitarismo —y más exactamente, la ambición totalitaria—. Internamente, el totalitarismo soviético imponía «un Estado omnipotente, omnisciente y absolutamente juicioso que respondería a todas las necesidades humanas y que, por tanto, obviaría y eliminaría a toda institución humana competidora». Su «manifestación externa» fue «una convicción de que todos los demás sistemas sociales y políticos, juzgados según el criterio de la inevitabilidad histórica, eran inferiores y estaban destinados a perecer». En pocas palabras, la causa básica de la guerra fría era la naturaleza interna del sistema soviético y su fe en su éxito final a medida que

7. Citado por Michael Krenn, *US Policy toward Economic Nationalism in Latin America, 1917-1929*, Scholarly Resources, 1990, pp. 13 ss., 52 (en cursiva en el original). También David Schmitz, *The United States and Fascist Italy*, Universidad de Carolina del Norte, 1988, p. 10.

8. Stone, «Is the Cold War Really Over?», *Sunday Telegraph* (Londres), 27 de noviembre de 1988.

se desarrollara la historia, un reto ideológico que no podía tolerarse.⁹

El supuesto subyacente es que el sistema norteamericano de organización y poder social, y la ideología que lo acompaña, debe ser universal. Cualquier otra cosa es inaceptable. Ningún desafío puede tolerarse, ni siquiera la fe en la inevitabilidad social de algo distinto. Si este fuera el caso, toda acción emprendida por los Estados Unidos para propagar su sistema e ideología sería defensiva. Ahora que se ha demostrado su irrelevancia, podemos dejar de lado las sutilezas revisionistas sobre los acontecimientos de la historia.

El periodismo adopta de forma natural la misma actitud. Así, una noticia del *Washington Post* sobre «gastos de defensa» señala que, con el debilitamiento de la amenaza soviética, el mundo ha entrado en «una nueva era»: «tras 40 años conteniendo a una Unión Soviética agresiva y expansionista», hoy debemos replantearnos la doctrina de la contención que «organizó nuestra estrategia de seguridad occidental para proteger al mundo de un bloque soviético expansionista y hostil».¹⁰ Que hemos estado trabajando para proteger a todo el mundo de la agresión soviética es indiscutible, es un tópico que no requiere pruebas o siquiera comentarios.

La nobleza del «defensor de la libertad» es también una referencia intelectual habitual. Así, según Michael Howard, catedrático Regius de Historia Moderna en Oxford:

Durante 200 años los Estados Unidos han preservado casi immaculados los ideales originales de la Ilustración: la creencia en los derechos del individuo otorgados por Dios, los derechos inherentes de libertad de reunión y de expresión, las bendiciones de la libre empresa, la capacidad del hombre de perfeccionarse y, sobre todo, la universalidad de estos valores.

En esta sociedad casi ideal, la influencia de las elites es «bastante limitada». Pero el mundo, lamenta Howard, no valora esta magnificencia: «los Estados Unidos no disfrutaban del lugar que hubieran debido ocupar en el mundo por sus triunfos, su generosidad y su buena volun-

9. Hertzberg, contribución al simposium sobre «The End of the Cold War?, The Coming Challenge for Journalism», *Deadline*, Centro para la Guerra, la Paz y los Medios Informativos [Center for War, Peace and News Media], verano de 1989.

10. Patrick Tyler, *WP Weekly*, 13 de agosto de 1990.

tad desde la segunda guerra mundial»¹¹ —como ilustran paraísos contemporáneos tales como Indochina, la República Dominicana, las Filipinas, El Salvador y Guatemala, por mencionar unos cuantos de los muchos candidatos. Asimismo, la creencia en los «derechos del individuo otorgados por Dios» y la «universalidad» de esta doctrina durante doscientos años se ilustra por un siglo de literal esclavitud humana y efectiva negación de derechos a los negros durante otro siglo más, por ataques genocidas contra la población autóctona, por el asesinato de cientos de miles de filipinos a principios de siglo, de millones de indochinos, de unos 200.000 centroamericanos en la última década, y por multitud de otros ejemplos. Una vez más, los simples hechos son irrelevantes en el ámbito del pensamiento puro.

Por poner otro ejemplo procedente del campo académico, consideremos el estudio del «trauma del Vietnam» de Paul Kattenburg, uno de los pocos primeros disidentes respecto del Vietnam dentro del gobierno de los Estados Unidos y, en la actualidad, ocupante de la Cátedra Jacobson de Asuntos Públicos en la Universidad de Carolina del Sur.¹² Kattenburg se interesa por identificar las «características destacadas esenciales a la tradición y a la experiencia norteamericana que han hecho que los Estados Unidos representen su papel de superpotencia en lo que podríamos denominar una forma particularista». Afirma que «principios e ideales ocupan un lugar fundamental en el *ethos* nacional de los Estados Unidos y distinguen crucialmente la actuación del país en el papel de superpotencia». Estos principios e ideales fueron «establecidos por los padres fundadores, esos genios puros de la contemplación objetiva», y fueron «refinados por posteriores importantes figuras del pensamiento y de la acción», desde John Adams a Theodore Roosevelt, Woodrow Wilson o Franklin Roosevelt. Dichos principios fueron

probados y vueltos a probar en el proceso de colonizar el continente, de subsanar las diferencias Norte-Sur, de desarrollar la economía a partir de la ruina en el espíritu de la libre empresa y luchando en la primera y la segunda guerras mundiales, no tanto por unos intereses como por la supervivencia de los propios principios por los cuales la mayoría de los norteamericanos guiaban sus vidas.

11. «The Bewildered American Raj; Reflections on a democracy's foreign policy», *Harper's*, marzo de 1985.

12. Paul M. Kattenburg, *The Vietnam Trauma in American Foreign Policy, 1945-1975*, Transaction Books, 1982, pp. 69 ss.

Es este único legado lo que explica el modo de actuar de los estadounidenses «en el papel de superpotencia», que abordaron «sin artificio ni engaño», con «la actitud mental de un emancipador»:

Con tal actitud mental, uno no precisa actuar o sentirse superior, o creer que está imponiendo su *ethos* o sus valores a los demás, dado que uno siente de forma natural que los demás no pueden dudar de la causa justa del emancipador, del mismo modo que no pueden dudar de su capacidad. En este aspecto, el papel de los Estados Unidos como superpotencia, en particular en los primeros años de la posguerra, es muy similar al papel que puede atribuirse a un profesor, mentor u otro tipo de emancipador.

Así, «el profesor es obviamente capaz» y

es claramente desinteresado. ... Además, al igual que la superpotencia norteamericana, el profesor no controla las vidas o destinos de sus estudiantes. Éstos siguen siendo libres de ir o venir. ... Si consideramos esta analogía de la actuación norteamericana en el papel de superpotencia con el del profesor benévolo pero claramente egocéntrico que reparte emancipación a los estudiantes pobres del mundo a través del conocimiento tanto de la justicia como del camino correcto, ello nos ayudará a comprender la actuación y la psicología de los Estados Unidos como superpotencia y los porqués y para qué de su actuación en Indochina.

Esto último no pretende ser una ironía o una caricatura, sino que se plantea seriamente, se considera seriamente y no es atípico de lo que hallamos en la literatura —no entre los elementos lunáticos y estrafalarios, sino en el extremo respetable y moderadamente disidente del espectro principal. Siendo este el caso, resulta sencillamente natural que James Reston, durante mucho tiempo principal pensador político del *New York Times*, dijera al jubilarse: «No creo que haya nada en la historia del mundo comparable a los compromisos que este país ha aceptado en defensa de la libertad». Mientras ocupó su puesto, Reston desarrolló un servicio voluntario a la causa de la libertad, como cuando se enorgulleció de la contribución de los Estados Unidos a la enorme matanza de Indonesia en 1965, y cuando las fuerzas militares estadounidenses estaban destruyendo lo que quedaba del campo survietnamita a finales de 1967 explicó en tono oportunamente sombrío que ello se hacía «bajo el principio de que el poder militar no obligará a Vietnam del Sur a hacer aquello que no quiere hacer», por nuestra lealtad hacia

«la más profunda convicción de la civilización occidental» —a saber, que «el individuo no pertenece al Estado sino a su Creador», y que, por lo tanto, tiene derechos que «ningún magistrado o fuerza política pueden transgredir».¹³

La doctrina oficial, según la expresaron los portavoces gubernamentales, los medios de comunicación, el comentario político y un número considerable de académicos, se ejemplifica, por ejemplo, en el informe de la Comisión Nacional Bipartita (Kissinger) para Centroamérica [National Bipartisan (Kissinger) Commission on Central America] : «Los objetivos internacionales de los Estados Unidos a finales del siglo xx son la cooperación, no la hegemonía o la dominación; el compañerismo, no la confrontación; una vida decente para todos, no la explotación». Walter Laqueur y Charles Krauthammer escriben: «A diferencia de la Unión Soviética, los Estados Unidos no desean convertir a nadie a un sistema político, social o económico específico». Samuel Huntington nos informa de que «el efecto global del poder norteamericano sobre otras sociedades fue el de aumentar la libertad, el pluralismo y la democracia ... El conflicto entre el poder de los Estados Unidos y los principios del país desaparece prácticamente cuando se aplica al impacto norteamericano sobre otras sociedades». Krauthammer, un neoliberal muy respetado, nos asegura además que todos los presidentes de los Estados Unidos, desde FDR a LBJ,* pretendían «fomentar en el extranjero tanto la libertad como el orden mundial», misión que resurgió en la doctrina Reagan, que proporcionó una «política coherente» de apoyo a aquellos «que están arriesgando sus vidas en todos los continentes, desde Afganistán a Nicaragua, para desafiar a la agresión respaldada por la Unión Soviética» (Ronald Reagan, citado con admiración y aprobación), y comprometió a los Estados Unidos no sólo con la libertad y los derechos humanos, sino también con la creación de sistemas sociopolíticos al estilo americano en el Tercer Mundo —aunque sin querer «convertir a nadie a un sistema político, social o económico es-

13. R.W. Apple, *NYT*, 5 de noviembre de 1989; Reston, *NYT*, 24 de noviembre de 1967. Sobre Reston (y la opinión de la elite en general) en relación con las masacres de Indonesia, véase mi artículo en *Z Magazine*, septiembre de 1990. Para otros ejemplos de este comentario, véase *Towards a New Cold War, Turning the Tide* (hay trad. cast.: *La segunda guerra fría*, Crítica, Barcelona, 1984, y *La quinta libertad*, Crítica, Barcelona, 1988).

* El autor se refiere aquí a Franklin D. Roosevelt y a Lyndon B. Johnson. (*N. de la t.*)

pecífico», siendo la coherencia tan importante como los hechos para la carrera del comisario.¹⁴

Estas convenciones son tan generalmente observadas que más citas resultan innecesarias. Una característica perceptible en todas partes es que no se siente la necesidad de justificar la lisonjera doctrina según la cual, en el Tercer Mundo, los Estados Unidos no han pretendido más que poner trabas a los rusos y a sus metas totalitarias, sosteniendo al mismo tiempo sus nobles principios lo mejor que han podido en esas terribles y difíciles circunstancias. El razonamiento es el del NSC 68: estas son verdades necesarias, establecidas sólo mediante análisis conceptual. Aquellos expertos que defienden un punto de vista duro y «realista», despreciando el sentimentalismo y las emociones, están dispuestos a aceptar que los hechos históricos difícilmente ilustran el compromiso de los Estados Unidos con, como dice Hans Morgenthau, su «fin trascendental» —«el establecimiento de la igualdad en la libertad en América», y, en realidad, en todo el mundo, pues «el escenario en que los Estados Unidos han de defender y favorecer su objetivo se ha ampliado a todo el mundo». Pero los hechos son irrelevantes porque, como Morgenthau se apresura a explicar, exponerlos es «confundir el abuso de la realidad con la propia realidad». La realidad es el «objetivo nacional» inalcanzado revelado por «el testimonio de la historia según la entendemos», mientras que los auténticos antecedentes históricos son meramente el abuso de la realidad, un elemento insignificante.¹⁵ La interpretación convencional, por lo tanto, se autojustifica, es inmune a la crítica externa.

Aunque esta interpretación convencional carece de la complejidad de la teología tradicional, la similitud de temas y estilo es sorprendente, y revela hasta qué punto el culto al Estado se ha convertido en una religión secular para la cual los intelectuales actúan como sacerdotes. Los sectores más primitivos de la cultura occidental van más allá, fomentando formas de idolatría en las cuales símbolos tan sagrados como

14. *Report on the National Bipartisan Commission on Central America*, Henry Kissinger, presidente, 10 de enero de 1984. Laqueur y Krauthammer, *New Republic*, 31 de marzo de 1982; Huntington, *Political Science Quarterly*, primavera de 1982 (véase *Turning the Tide*, pp. 153 ss., 161, para un análisis del interesante razonamiento que lleva a esta conclusión); Krauthammer, *New Republic*, 17 de febrero de 1986.

15. Morgenthau, *The Purpose of American Politics*, Vintage, 1964. Véase *Towards a New Cold War* para un mayor desarrollo de estos y otros ejemplos similares del mundo académico, del comentario intelectual y del periodismo; y las referencias de la introducción para muchos más.

la bandera se convierten en un objeto de veneración forzosa, y el Estado es llamado a castigar cualquier insulto a esos símbolos y a obligar a los niños a que juren diariamente su devoción, al tiempo que Dios y el Estado están vinculados casi indisolublemente en la ceremonia y el discurso público, como sucede en las reflexiones de James Reston sobre nuestra devoción hacia la voluntad del Creador. Tal vez no resulte sorprendente que un fanatismo tan crudo alcance tal extremo en los Estados Unidos, como antídoto frente a la única libertad respecto de la coacción del Estado conquistada mediante la lucha popular.¹⁶

2. LA GUERRA FRÍA COMO PROCESO HISTÓRICO

La segunda interpretación de la guerra fría se basa en la idea de que la lógica por sí sola no basta: los hechos también son importantes. Si es así, para comprender el período de la guerra fría deberíamos atenernos a los acontecimientos que la constituyen. Siguiendo esta vía, que no parece totalmente irrazonable, descubrimos una imagen más compleja e interesante que sólo presenta una semejanza parcial con la interpretación convencional. El mismo método de análisis sugiere varias razones por las cuales la era posterior a la guerra fría puede resultar muy parecida a lo que tuvimos antes, al menos por lo que respecta a sus víctimas habituales, aparte de sus tácticas y propaganda.

Resulta ocioso decir que si definimos la guerra fría como nada más que el enfrentamiento de dos superpotencias, seguidas de sus aliados y sus clientes, se deduce trivialmente que eso era precisamente lo que era y que, con la retirada de la URSS del conflicto, aquélla terminó con la victoria del lado norteamericano. Sin embargo, la pregunta es cómo interpretar el período de la guerra fría y está claro que esta pregunta no

16. Para un mayor comentario sobre el tema, véase *Necessary Illusions*, en particular, apéndice II, sección 2; apéndice 5, sección 8.

17. Para un ejemplo de esta falacia, véase Fred Halliday, «The Ends of Cold War», *New Left Review* 180/1990. La obra de Halliday sobre estos temas, aunque a menudo estimable, se malogra por una persistente incapacidad para comprender conceptos alternativos y por curiosos errores de razonamiento, como en este caso; véase, por ejemplo, su *Making of the Second Cold War*, Verso, 1983, p. 27, donde interpreta mi observación de que los «verdaderos rivales» de los Estados Unidos son el Japón y Europa, no la Unión soviética (obvio en aquella época y, ahora, el más puro tópico) como la implicación de que el conflicto con la URSS no era «más que un pretexto utilizado por los Estados Unidos para suscitar el conflicto» con la CEE y el Japón —lo cual, por supuesto, no es así.

se responde suplicando una respuesta.¹⁷ Por el contrario, queremos investigar las circunstancias, naturaleza, fuerzas impulsoras y motivos y principales efectos del sistema mundial bipolar que nació de la segunda guerra mundial. Se trata de fenómenos históricos significativos que vale la pena estudiar. El simple hecho de cómo el conflicto Este-Oeste encuentra su lugar en esta matriz es una cuestión de descubrimiento, no de estipulación –al menos si nuestro objetivo es la comprensión.

La comprensión del período de la guerra fría requiere el relato no sólo de lo que sucedió realmente, sino también de los factores subyacentes. Los datos documentales de la planificación se vuelven aquí relevantes. Queremos saber en qué medida la política estuvo determinada por ciertas características específicas de la era de la guerra fría y hasta qué punto sencillamente adaptó las persistentes demandas institucionales a las nuevas condiciones. Para responder a estas preguntas, nos preguntaremos, naturalmente, cómo se pueden comparar los sucesos típicos de la guerra fría y los motivos subyacentes con las actividades y el pensamiento antes y después de la misma. También es necesario explicar las elaboraciones ideológicas predominantes y sus funciones, incluyendo la versión tradicional de la guerra fría por cuanto se aleja de la realidad.

Al enfocar la guerra fría teniendo en mente estas consideraciones, descubrimos que el conflicto de superpotencias de la visión tradicional ha sido bastante cierto, pero que es solamente una parte de la verdad. La realidad aparece cuando contemplamos los acontecimientos y prácticas de la guerra fría.

Del lado de Moscú, la guerra fría viene ilustrada por los tanques en Berlín Este, Budapest y Praga y otras medidas coactivas en las regiones liberadas de los nazis por el Ejército Rojo y posteriormente retenidas en la esclavitud al Kremlin, y la invasión de Afganistán, el único caso de intervención militar soviética realmente alejado de la ruta histórica de invasión de Occidente. Desde un punto de vista interno, la guerra fría sirvió para reforzar el poder de la elite militar-burocrática cuya autoridad deriva del golpe bolchevique de octubre de 1917.

Por lo que respecta a los Estados Unidos, la guerra fría ha sido una historia de subversión, agresión y terrorismo de Estado en todo el mundo, con ejemplos demasiado numerosos para ser mencionados. La contrapartida interna ha sido la creación del «complejo militar-industrial» de Eisenhower, esencialmente, un Estado del bienestar para los ricos con una ideología de seguridad nacional encaminada al control

de la población (por tomar prestada un poco de jerga contrainsurgente), siguiendo las prescripciones del NSC 68. El principal mecanismo institucional es un sistema de gestión industrial estatal-empresarial para sostener la industria de la alta tecnología, confiando en el contribuyente para financiar la investigación y el desarrollo y facilitar un mercado garantizado para la producción excedente, asumiendo el sector privado la responsabilidad cuando hay beneficios que obtener. Este importante regalo para el director de empresa ha constituido la función del sistema del Pentágono (incluyendo la NASA y el Departamento para la Energía, que controla la producción de armas nucleares) en el ámbito doméstico. Los beneficios se extienden a la industria de los ordenadores, a la electrónica en general y a otros sectores de la economía industrial avanzada.¹⁸ De este modo, la guerra fría ha suministrado una parte considerable de los puntales del sistema de subvención pública, el beneficio privado, que es orgullosamente denominado Libre Empresa.

El llamamiento en favor de una acción enérgica del NSC 68 resonó una vez más cuando las administraciones de Kennedy y Reagan ascendieron al poder, con la misma resolución dual: la militancia en el exterior para reafirmar el poder de los Estados Unidos y el gasto militar para reactivar una floreciente economía nacional. La retórica también fue debidamente resucitada: «la monolítica y despiadada conspiración» en el proceso destinado a destruirnos (Kennedy); el «imperio maligno» que es «el centro del mal en nuestros días» y que pretende dominar al mundo (Reagan). El nivel de decibelios disminuye previsiblemente cuando la política cambia de dirección —como a mediados de los años ochenta, cuando se hizo necesario enfrentarse a los costes de la mala administración fiscal y de los excesos militares keynesianos de los reaccionarios partidarios del Estado de la administración Reagan, incluyendo los enormes déficits comercial y presupuestario.

Un examen atento de los datos históricos revela el auténtico núcleo oculto en la extravagante retórica del NSC 68. La gran depresión puso punto final a toda idea persistente de que el capitalismo era un sistema viable. Por lo general, se daba por sentado que la intervención estatal era necesaria para mantener el poder privado —como ciertamente había

18. Sobre el crucial papel del Departamento de Defensa en la industria de los ordenadores, véase Kenneth Flamm, *Targeting the Computer*, Brookings, 1987.

sucedido durante todo el proceso de desarrollo.¹⁹ También se entendía que las medidas del «Nuevo Orden» habían fracasado y que la depresión había sido superada solamente por la intervención estatal, mucho más masiva durante la guerra. Sin el beneficio de Keynes, esta lección fue directamente impartida a los directores de empresa que acudían en tropel a Washington para dirigir la casi totalitaria economía planificada de los tiempos de guerra. En general, se esperaba que, sin la intervención estatal, se produciría un retorno a la depresión una vez que la demanda reprimida del consumidor hubiera sido satisfecha. Ello pareció ser confirmado por la recesión de 1948. La producción agrícola subvencionada por el Estado halló mercados en el Japón y en otros lugares del mundo, pero se temía que la fabricación languideciera en ausencia de mercados —de ahí la preocupación manifestada en el NSC 68 sobre «un descenso de serias proporciones de la actividad económica» a menos que se adoptaran medidas militares keynesianas. Se esperaba que estos programas contribuirían también a la revitalización de las

19. Los historiadores económicos reconocen, en general, que la intervención estatal es una característica crucial del «desarrollo tardío», pero la conclusión se refiere, habitualmente, a prósperas sociedades industriales, incluyendo a Gran Bretaña, los Estados Unidos, Alemania y el Japón. Una explicación clásica del papel del Estado en el «desarrollo tardío» en la Europa continental es la de Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Harvard, 1962. Por lo que respecta a Corea, véase el importante estudio de Alice Amsden, *Asia's Next Giant: South Korea and the Late Industrialization*, Oxford University Press, 1989; y para una visión general, Amsden, «East Asia's Challenge —to Standard Economics», *American Prospect*, verano de 1990. Véanse también varios artículos en «Showa: the Japan of Hiroito», *Daedalus*, verano de 1990, en particular los de John Dower y Chalmers Johnson. Sobre las fantasías acerca de los efectos de la apertura económica y el papel del Estado, comparando América y Asia en las últimas décadas, véase Tariq Banuri, ed., *No Panacea: the Limits of Economic Liberalization*, Oxford University Press, en preparación (véase el capítulo 7, sección 7). Sobre el crucial papel del desarrollo económico impulsado por el Estado y los gastos sociales para la famosa «excepción costarricense», véase Anthony Winson, *Coffee & Modern Costa Rican Democracy*, St Martin's Press, 1989. Para una mayor exposición del tema, incluyendo el «desarrollo temprano», véase Frederick Clairmonte, *Economic Liberalism and Underdevelopment*, Asia Publishing House, Londres-Bombay, 1960. Para una clara primera explicación de la tendencia general hacia unos sistemas capitalistas del Estado al estilo fascista durante los años treinta, adaptada a factores culturales e institucionales particulares, véase Robert Brady, *Business as a System of Power*, Columbia, 1943. Véase también el clásico estudio sobre el abandono del *laissez-faire* de Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Beacon Press, 1957 (hay trad. cast.: *La gran transformación*, Endymion, Madrid, 1989).

economías industriales de los aliados, ayudando a superar la «desproporción del dólar», que limitaba el mercado para los bienes manufacturados de los Estados Unidos.

El llamamiento del NSC 68 en favor del «sacrificio y la disciplina» y el recorte en los programas sociales fueron acompañantes naturales de estos puntos de vista. La necesidad de una «represión justa» y de controles sobre los sindicatos, iglesias, escuelas y otras fuentes potenciales de disidencia cayeron también dentro de una pauta más amplia. Desde finales de los años treinta, los negocios habían sido profundamente afectados por la progresiva politización y organización del público en general –lo que fue posteriormente denominado «una crisis de democracia»– bajo las condiciones parcialmente similares del período posterior a la guerra de Vietnam. Lo mismo había sucedido inmediatamente después de la primera guerra mundial. En cada caso, la respuesta había sido la misma: la amenaza roja de Wilson, la represión posterior a la segunda guerra mundial mal calificada de «macartismo» (en realidad, una campaña para erosionar los sindicatos, la cultura de la clase trabajadora y el pensamiento independiente al que habían dado lugar las empresas y los demócratas liberales mucho antes de que McCarthy apareciera en escena y cometiera el error, que acabó destruyéndole, de atacar al pueblo con el poder); los programas de la policía política nacional inaugurados por la administración Kennedy y ampliados por sus sucesores para erosionar los partidos políticos y movimientos populares independientes mediante la subversión y la violencia. Las guerras y demás crisis pueden lograr que la gente piense e incluso se organice, y el poder privado recurre regularmente al Estado para contener tales amenazas para su monopolio del escenario político y de la hegemonía cultural.²⁰ El profundo impulso antidemocrático del NSC 68 refleja compromisos mucho más generales.

El NSC 68 es también realista y convencional, al invocar la «responsabilidad del liderazgo mundial» de los Estados Unidos y la correspondiente necesidad de dominar cada rincón del mundo, por remoto que sea, y de exorcizar la maldición del neutralismo. En estos aspectos, reitera anteriores decisiones de planificación que reflejan el reco-

20. Para un cierto desarrollo del tema y referencias, véase *Necessary Illusions*, pp. 29 ss. y apéndice II, sección 2. Véase también el capítulo 8, más adelante. Véase Crozier, Huntington y Watanuki, *The Crisis of Democracy*.

nocimiento de que los Estados Unidos habían alcanzado una posición de poder económico y militar sin paralelo en la historia y que podían utilizarla en provecho propio.

Sofisticados sectores de la comunidad empresarial han sido conscientes de los factores internos que han propulsado el sistema de la guerra fría, y lo mismo podemos decir de los mejores del mundo académico dominante. En su obra clásica sobre la contención, John Lewis Gaddis observa:

La contención ha sido en gran medida producto, no tanto de lo que han hecho los rusos o de lo que ha sucedido en otros lugares del mundo, sino de las fuerzas internas que operan dentro de los Estados Unidos ... Lo que resulta sorprendente es la *primacía* que se ha atribuido a consideraciones económicas [a saber, la gestión económica del Estado] en la configuración de las estrategias de contención, *con exclusión de otras consideraciones* [cursiva en el original].

También coincide con el coherente punto de vista de George Kennan –corriente entre los políticos y analistas racionales– de que «no es el poder militar ruso lo que nos amenaza, es el poder político de Rusia» (octubre de 1947).²¹ A pesar de estas opiniones, Gaddis no se aleja del marco convencional de «disuasión» y «contención de la amenaza soviética», aunque reconoce –incidentalmente– que esa no es en modo alguno toda la historia ni, ciertamente, el tema central.

Los principales acontecimientos y efectos de la guerra fría se incluyen en las categorías que acabamos de revisar. Hay también efectos más complejos. El apoyo soviético a objetivos de la subversión y el ataque de los Estados Unidos le valieron cierto grado de influencia en gran parte del Tercer Mundo, a pesar de su carácter sutil. Por lo que respecta a los Estados Unidos, su intervención en el Tercer Mundo, particularmente en los primeros años, fue en parte impulsada por el objetivo de asegurar un transpaís para las economías capitalistas del Estado que aquéllos esperaban reconstruir en Europa occidental y el Japón. Al mismo tiempo, el conflicto de la guerra fría contribuyó a mantener la influencia de los Estados Unidos sobre sus aliados industriales y a contener la política independiente, la actividad de los sindicatos y cualquier otro activismo popular dentro de estos estados –interés comparti-

21. *Strategies of Containment*, Oxford University Press, 1982, pp. 356-357. La cita de Kennan procede del discurso pronunciado en el National War College, *ibid.*, p. 40.

do por las elites locales. Los Estados Unidos promovieron la alianza de la OTAN, señala un historiador, «con el fin de acorralar a sus aliados y evitar el neutralismo, así como para desalentar a los rusos».²²

Bajo esta luz, se comprende fácilmente la persistencia de la doctrina convencional, a pesar de su limitada relación con los verdaderos hechos del período de la guerra fría. En Occidente, se suele admitir, una vez ocurridos los hechos (siendo éstos cierta práctica de la subversión o la agresión en el Tercer Mundo o renovados beneficios en el ámbito nacional a través del sistema del Pentágono), que la amenaza de la agresión soviética era exagerada, que los problemas se habían tergiversado deliberadamente y que el idealismo que guió las acciones estaba mal orientado. Pero las creencias precisas siguieron expuestas en un lugar preferente del tablero. Por inverosímiles que fueran, podían presentarse al público cuando fuera necesario —a menudo con perfecta sinceridad, según el familiar proceso por el cual las ideas útiles nacen de los intereses percibidos.

También es comprensible el hecho, por otro lado bastante misterioso, de que la política de seguridad sólo haya estado débilmente relacionada con las verdaderas cuestiones de seguridad. Las amenazas han sido regularmente inventadas a partir de la más ínfima evidencia y con una credibilidad marginal en el mejor de los casos. Por otro lado, se han ignorado amenazas potenciales de cierta importancia. Reiteradamente, los Estados Unidos han favorecido el desarrollo de sistemas armamentísticos que podían plantear serios peligros para su bienestar o incluso para su supervivencia y han ignorado oportunidades para abortar dichos procesos. El gobierno de los Estados Unidos y los medios de comunicación han exigido a grandes voces la «verificación» bajo condiciones que esperaban fueran rechazadas por la URSS. Por otra parte, Washington ha sido reacio (juntamente con sus aliados) a permitir la inspección por parte soviética de la producción química y de otras instalaciones militares y de fabricación de armas; ha rechazado propuestas soviéticas para la inspección sobre el terreno de submarinos con el fin de controlar una prohibición o limitación de los misiles de crucero de lanzamiento marítimo (MCLM; una amenaza mayor para los Estados Unidos, con su extenso litoral, que para la URSS), y se ha opuesto a la inspección de cabezas nucleares para MCLM en barco o en tierra.

22. Frank Costigliola, en Thomas Paterson, ed., *Kennedy's Quest for Victory*, Oxford University Press, 1989.